



Gabriel
Rolón

El Duelo

(Cuando el dolor se hace carne)

Ensayo

«El Duelo es un territorio oscuro, misterioso, casi inaccesible. Una conmoción que nos sorprende, nos toma desprevenidos y cambia nuestro entorno en un instante. No importa lo preparados que creamos estar para enfrentar una pérdida, esa preparación jamás será suficiente. Cuando ocurre, todo se desmorona y por un tiempo nada tiene sentido. Algo se quiebra en nosotros, el mundo se derrumba y nos muestra su aspecto más cruel». Con estas palabras describe Gabriel Rolón cuál será el camino a transitar en su nuevo ensayo: la pérdida. Sí, la muerte, sin rodeos (la propia, y la de los que amamos), pero también la falta imprevista (o no tanto) de todo aquello que nos sostiene anclados a la vida. La pérdida de un trabajo, una pareja, un hogar, el reconocimiento de un otro y hasta la juventud nos empujan al duelo. Y es ahí, en ese soplo en el que el dolor se hace carne y la pena se devora las palabras, que Gabriel Rolón comparte su reflexión aguda, certera, siempre lúcida. Por eso, su nuevo libro se nutre de mitología y de música, de cine y literatura, de casos clínicos y teoría analítica. Porque es una mirada que indaga en el padecimiento y a la vez en los mecanismos que el Psicoanálisis como disciplina, y que el arte como forma de entender el mundo, nos tienden a modo de puentes para superar lo ausente. Y es que el Duelo —y en esto Rolón es tan claro como firme— es una «guerra» íntima. Una prueba, tal vez la más dura, que nos pone cara a cara con lo que perdimos y con lo que podemos crear a partir de lo perdido. Una batalla salvaje que nos transforma de una vez y para siempre. Y que en su impiadosa deriva nos lleva hacia un renacer que nos hace más humanos.

Índice de contenido

Cubierta

El duelo

Nota inicial

Introducción

Libro primero. La muerte propia

I. Frente al enigma

Lo inesperado

Una palabra con historia

Esa compañera silenciosa

La palabra ausente

II. Promesas

El abismo

No tan solos

La negación

Otro mundo posible

Cielos breves

La primera palabra

Cielos fantasmales

Ver para creer

El nacimiento de Dios

Un poco más cerca

El amor llega al Cielo

De paraísos perdidos

III. Amenazas

Senderos oscuros

El inicio de la pesadilla

Un mundo de horror

Una excursión por el Hades

Entre la torpeza y la astucia

Tras los pasos del pecado

Alighieri, el hombre

Paisajes dantescos

IV. Ensombrecido: el encadenado

Nota de paso

Martina (sin palabras)

Libro segundo. La muerte de lo que amamos

I. Lo perdido

Ante la ausencia

Defensas maníacas

1. La negación

2. El triunfo

3. El desprecio

¿Fases del duelo?

Duelo, depresión y melancolía

La falta

Algunos conceptos

1. Tres maneras distintas de vivir la falta

2. La pulsión

3. Los principios que rigen nuestra psiquis

4. Trauma, angustia, miedo y terror

Volviendo

II. Ensombrecido: el dueloista

1. Primer exilio

2. Muerte del padre

3. Un amigo, un discípulo

4. La criatura primorosa

5. El nieto

6. El segundo exilio

7. El cáncer

Libro tercero. Entonces: pensar el duelo

I. El impacto

II. Catábasis

III. Anábasis

IV. El regreso

Epílogo

Agradecimientos

Sobre el autor

A mi padre

Nota inicial

Pensar el duelo es pensar la vida. Es asomarse a un universo solitario, lleno de ausencias y miedos.

El duelo camina entre el amor y lo perdido, entre lo deseado y lo que no fue, o fue en un tiempo que pasó. Nosotros también pasaremos.

Llamaré *ensombrecido* a toda persona que esté atravesando un proceso de duelo.

El duelo es un trabajo y un recorrido. Un sendero que se abre ante el *ensombrecido* que enfrenta una pérdida. Es también lucha y dignidad.

Esta obra intenta pensar el duelo. Está dividida en tres partes.

El Libro Primero aborda la cara más existencial, el sentimiento trágico de la vida y la angustia de sabernos mortales. Una angustia que dio origen a mitos y religiones que buscaron calmar el espanto.

De la mano de Yahvé y Houdini, de Chachao y Spinoza, del Dante y Discépolo, de Zeus y Santa Teresa, de Gilgamesh y Heidegger, de Platón y Milton, de Gualichu y Eva, de Tántalo y Unamuno, de Sísifo y Swedenborg, del Cristo y de Gardel, entre otros, el texto deambula por Cielos e Infiernos. Cielos e Infiernos que con sus promesas de reencontros o castigos han querido sostener la idea de que hay algo después de la vida.

El Libro Segundo se detiene en los duelos personales, esos que vivimos a diario. A partir de casos clínicos, nove-

las, canciones y cuentos visita territorios de muerte y desamor.

Freud y Julieta, Romeo y Klein, Sophie y Nasio, Piazzolla y Allouch, Lacan y Moby Dick, Cortázar y Martina, Borges y Margot, La Yoly de Lanús y Comte-Sponville, Penélope y su bolso de piel marrón nos guían por el mundo atormentado de quien lucha por reponerse de la pérdida de sus amores.

En el Libro Tercero analizo cada una de las etapas del proceso de duelo y despliego mi teoría.

Terminé de escribir este ensayo en tiempos de duelo.

Entre el asombro y la incertidumbre, la pandemia que azota al mundo desde hace meses se ha llevado vidas, sueños, empleos y abrazos. La humanidad está en duelo. Todos hemos perdido algo. En especial hemos perdido tiempo. Lo más valioso de la vida. También eso debemos duelar. Pero como veremos, de eso se trata vivir.

Una última aclaración.

Si bien este libro puede ser leído con total independencia, fue pensado como parte de una obra mayor, como el eslabón final de una tetralogía que reúne mis ensayos anteriores. Una aventura que comenzó con *Encuentros (El lado B del amor)* y continuó con *Cara a cara* y *El precio de la pasión*.

Lo analizado en esos textos será reformulado a la luz de un todo conceptual. Por eso, no faltará en este enfoque la mirada retrospectiva que cuestione o incluso modifique en algo lo ya escrito.

Es la esencia del pensamiento psicoanalítico. La posibilidad de revisar el pasado para encontrar significados nuevos y modificar nuestra historia.

GABRIEL ROLÓN
Septiembre de 2020

*Solo el que ha muerto es nuestro,
solo es nuestro lo que perdimos.*

JORGE LUIS BORGES,
«Posesión del ayer»

Introducción

Toda persona lleva el olor de sus muertos. Marcas feroces de quienes amamos u odiamos anidan en la cara, los gestos, los dichos, los silencios y el modo de querer y sufrir de cada uno de nosotros. Nos habitan restos de un pasado que jamás serán pasado porque se actualizan en actos y pensamientos que guían el curso de nuestras decisiones. Somos, en parte, aquello que perdimos.

Esta idea se me impuso a las diez de la noche de un día de invierno en Buenos Aires. No fue casual; aquel no era un día como cualquiera. Un llamado urgente me hizo volver al consultorio a esa hora, pero esa voz angustiada no permitía dilaciones.

Estaba lloviendo y hacía mucho frío. Bajé del taxi y corrí hacia la puerta. Entré y encendí las luces.

Después de tantos años de práctica clínica vi a decenas de pacientes transitar sus pérdidas, asomarse al vacío de sus soledades y enfrentar sus dolores más profundos.

En *El precio de la pasión* afirmé que el consultorio era un lugar apasionado. Hoy digo que es también un lugar lleno de dolor, aunque no todos los dolores son iguales. Algunos carecen de sentido aparente. Son dolores misteriosos e incomprensibles que provocan un tormento que no cesa. Un tormento vano que no conduce a la resolución del conflicto que lo causó. Lejos de eso, orada nuestras defensas y penetra cada vez más hondo hasta dejarnos frente a un abismo que cautiva. A esa extraña fascinación que gene-

ra el horror, a esa búsqueda patológica de arañar nuestras heridas los psicoanalistas la llamamos goce.

Otros dolores, en cambio, resultan del esfuerzo que hacemos por mantenernos a flote luego de haber sufrido una pérdida importante. Esos dolores son inevitables y forman parte de un proceso que todo doliente debe atravesar.

Los lazos que nos unen con aquello que queremos son lazos invisibles, pero no por eso menos fuertes. Por el contrario, resisten al tiempo y la razón, y no pueden desatarse sino al costo de un enorme esfuerzo.

Cuando irrumpen la muerte, el desengaño, la frustración o el desamor, el vínculo se altera, los lazos se niegan a aceptar la pérdida, se tensan, y esa tensión genera un dolor difícil de soportar. En eso pensé aquella noche mientras esperaba la llegada de Martina. La esperaba, sí, pero de todos modos el sonido del timbre me sobresaltó.

Al verla comprendí que había pasado algo malo.

No era solo la falta de esa sonrisa generosa que solía mostrar cada vez que llegaba, había algo más. Un peso, un vacío, esa oscuridad sin nombre que con el tiempo aprendí a reconocer.

Atravesó la recepción sin hablar y se dirigió al consultorio. Miró el diván y optó por sentarse frente a mí. Me quedé callado. A los pocos segundos, como si el ámbito le hubiera permitido abrir una compuerta que hasta ese momento se había esforzado por mantener cerrada, agachó la cabeza, la apretó con sus manos, y un grito desgarrador inundó el lugar.

Me dolió. Lo sentí en el pecho y me incliné hacia ella para percibir aún más las vibraciones de su angustia. En situaciones como esas, suelo achicar la distancia física para estar más cerca. Comprendí hace mucho que un analista no es solo escucha, también debe ser una presencia dispuesta a captar con cada una de sus fibras el dolor que emana del paciente.

Cuando ocurre un desgarró emocional el cuerpo resulta incapaz de contener ese dolor enloquecido y necesita expulsarlo de algún modo. Entonces, el analista tiene que abandonar el lugar de abstinencia y hacerse presente para recibirlo, e incluso compartirlo hasta que surja la palabra que acote en algo el sufrimiento.

El Psicoanálisis es el arte de poner sentido donde solo había angustia. Es también el arte de crear un vínculo que aloje tanto dolor.

No todo el que tiene un título habilitante está capacitado para ejercer el Psicoanálisis. No basta estudiar, hacer una carrera y recibirse. Tampoco alcanza con haber llevado adelante un profundo análisis personal. El analista es, antes que nada, un artesano cuyas herramientas son el conocimiento, la escucha, la intuición y la capacidad de mirar cara a cara el padecimiento ajeno sin huir de él ni caer en la tentación del consuelo. El primer movimiento terapéutico de un analista es absorber ese dolor descontrolado y alojarlo hasta que pueda transformarse en un dolor soportable. Para que esto ocurra, ese afecto insensato debe encontrar un espacio en el mundo de las palabras. No es algo que suceda de un momento a otro. Por el contrario, lleva mucho tiempo, pero solo de esa manera es posible simbolizar lo que hasta ese instante era un sufrimiento mudo.

No es un tiempo cómodo para mí. A veces me siento perdido. Desorientado y sin respuestas me limito a ser una compañía silenciosa y recibir las conmociones del paciente. Por eso dejé llorar a Martina sin interrumpirla.

No entendía qué podía haber pasado. La última vez que la vi estaba feliz, a punto de emprender un viaje al Norte con su hija. Desde hacía tiempo tenían el deseo de estar unos días a solas. Melanie estaba creciendo y Martina quería conversar con ella, mirar el paisaje, reírse y compartir algunas infidencias «antes de que fuera demasiado tarde». Así lo había expresado.

Imaginé que regresaría contenta, llena de anécdotas divertidas acerca del viaje. Lejos de permitirse estas suposiciones un analista debe estar dispuesto a la intervención inesperada del azar. Y aquella vez el azar se vistió con ropas de tragedia.

—La maté —dijo de pronto—. Maté a mi hija.

Me angustié, como si mi Inconsciente se hubiera enlazado al suyo de un modo tan profundo que ya no podía discernir a cuál de los dos pertenecía el dolor.

No sabía qué había pasado, pero comprendí de inmediato el camino que tenía por delante. Lo supe en un segundo. Martina y yo comenzaríamos un descenso a los Infiernos, un proceso difícil, cruel pero inevitable. Nos esperaba el desgarró y lo incomprensible, el absurdo y la angustia.

Nos esperaba el duelo.

LIBRO PRIMERO

La muerte propia

I Frente al enigma

*Es más fácil soportar la muerte sin pensar en ella
que soportar el pensamiento de la muerte.*

BLAISE PASCAL

Lo inesperado

El duelo es un territorio oscuro, misterioso, casi inaccesible.

Una conmoción que nos sorprende, nos toma desprevenidos y cambia nuestro mundo en un instante. No importa lo preparados que creamos estar para enfrentar una pérdida, esa preparación jamás será suficiente. No alcanzan los consejos médicos que sugieren que el desenlace está cerca, o el registro de que el vínculo amoroso ya no funciona. Esas señales que generan angustia y ponen en movimiento nuestros mecanismos de defensa apenas pueden amortiguar el impacto. Por muy alertas que estemos, el duelo siempre será sorpresivo y a pesar de las murallas que levantemos, el dolor encontrará alguna grieta por la cual filtrarse. Cuando eso ocurre, todo se desmorona ante nosotros y por un tiempo nada tiene sentido.

El duelo aparece cuando algo se pierde. En esos momentos algo se quiebra en nosotros, el mundo se derrumba y nos muestra su aspecto más cruel. Son etapas en las que

se establece una batalla entre la realidad y el deseo. Experiencias extremas en las que nos atrapa la *falta* y nos inunda una sensación de vacío.

Nadie vive sin pérdidas.

Vivir implica ceder cosas todo el tiempo, y es inútil desesperarse por evitar lo inevitable. Si algo nos enseña el análisis es que, incluso para ganar, algo hay que perder. Por suerte, no toda pérdida nos empuja al duelo. Entonces, ¿qué tienen de particular aquellas que nos obligan a un trabajo tan doloroso? Porque eso es el duelo: un trabajo. No se trata de un estado sino de un tránsito complejo donde el equilibrio psíquico se encuentra en riesgo. Un recorrido habitado de sensaciones fuertes y emociones encontradas.

La persona ensombrecida por el duelo camina confundida por un mundo que le resulta extraño. Aquello que amaba ya no está y debe aceptar vivir con esa falta.

Son pérdidas diferentes que abren una herida insoportable y generan un sufrimiento tan extremo que conmueve y desestabiliza nuestro ser.

El arte con sus metáforas puede guiarnos en la comprensión de este momento. Y si hablamos de pérdidas, la poesía del tango es una cantera inagotable. Dejemos, entonces, que «Martirio», de Enrique Santos Discépolo, nos lleve un trecho de la mano.

Solo...

¡Increíblemente solo!

Vivo el drama de esperarte.

Hoy, mañana... siempre igual.

¿Qué es lo primero que aparece ante el desgarró de la pérdida? La soledad, una soledad increíble, porque cuando perdemos algo amado nadie puede compartir nuestro mundo. Quienes se acercan intentan consolarnos con pala-